

torio que le fuese este cuidado del Emperador, no era de esperar que Hofer concediese á su infiel soberano, lo que habia negado á sus fieles amigos. Solo tenia una respuesta para todas las súplicas: "Jamás abandonaré á mi patria."

Lo alto de la nieve casi ocultaba la cabaña á los ojos de los que sabian su posicion, pues parecia un albarradon natural entre las muchas prominencias rocallosas de la misma figura. No era posible que ningun observador que no estuviera en el secreto la distinguiera desde las alturas cubiertas de nieve. Constanza estaba segura de esto y descansando en la fidelidad de los tirolese que la visitaban, gozaba de un contento y de una calma que se asemejaban á la felicidad. Los niños, acostumbrados á afrontar el frio y el viento, crecian y se desarrollaban y estaban tan alegres como si vivieran en su abrigada cabaña natal. Sus sonrisas y sus caricias eran para sus padres compensacion bastante de sus muchas privaciones, miéntras que los cuidados que necesita-

ban, les proporcionaban deliciosa y saludable ocupacion. Hofer no podia dejar de experimentar ansiedad por la suerte de estos seres inocentes y de su heróica madre; y al contemplar el miserable estado de su oprimido país, no podia dejar de sentir una compasion intolerable porque era estéril, y una sed de venganza que jamás se aplacaba, porque nunca la daba á conocer.

Terribles eran los momentos en que en su imaginacion se figuraba á Constanza prisionera; mas terribles las horas en que los agravios del Tirol le acongojaban el ánimo. Eran en vano los tiernos besos y las caricias de sus hijos—daban nuevo pábulo á la llama que lo consumia. ¿Habrà de ser aquella muger adorada presa del enemigo? ¿Habrán de vivir aquellos niños oprimidos y esclavizados? En las tinieblas de la noche se exaltaba y prorumpia en imprecaciones, cuando la tempestad acallaba su voz. En la oscuridad de una caverna iba á sentarse para dar curso á sus desgarradores pensamientos. Pasaba

el ímpetu de la pasión, se sentía débil, agotado; regresaba a su cabaña grave, pero dueño de sí, tranquilo, sereno, tierno, capaz de conversar con Constanza, de sonreírse con su hijo, de acariciar á su hija. Diciembre pasó en paz y en seguridad; enero comenzó sombrío y tempestuoso. El día 19 de este mes, Hofer y su familia se retiraron temprano á descansar. Tristes pensamientos lo mantuvieron despierto, y Constanza estuvo escuchando afligida sus mal reprimidos gemidos. De repente una mano trató de abrir la puerta de la cabaña. Hofer saltó de la cama, se oyó un toquido suave, Constanza contuvo el grito que iba á dar su esposo. "Son nuestros enemigos, calla, por amor de Dios." "Los enemigos no se acercan con tanta precaucion." "Con tanta astucia querrás decir; pero si me amas, no te muevas." El toquido se repitió y se oyó el murmullo de quien habla en voz baja. Ambos se vistieron, y al escuchar Constanza la voz, conoció que era la de un amigo. Abrió la puerta.

Era en verdad un amigo; pero llevaba en el rostro el horror y la congoja. "Huye, Hofer, huye te han traicionado, ahí viene el enemigo, huye." "¡Huir! ¡jamás!" contestó Hofer tranquila y firmemente. Constanza se arrojó á sus piés, lo miró con las manos enclavijadas, rogándole que huyera; pero tan dolorosa angustia fué superior á sus fuerzas, y cayó desmayada. Hofer pensando mas en ella que en sí mismo, la levantó y la llevó á la cama. Su amigo parapetó la puerta, y acercándose á Hofer, le dijo tranquilamente: "Es ya demasiado tarde, ya estan aquí; pero aun podemos burlarlos. Dame tu ropa y escóndete." Hofer movió la mano, indicando que esto era imposible. Su amigo suplicaba mas y mas. "Al ménos escóndete." "¡Para ser sacado de mi escondite! ¡No, Antonio, no! Me habia salvado para el Tirol, déjame morir con él." Muy cerca se oyeron pasos. "Es tropa," dijo Antonio. Hofer puso á Constanza en brazos de su amigo; se lanzó á la puerta y comenzó á desatracarla.

“¡Insensato! ¿qué estás haciendo?” exclamó Antonio. “Dices que vienen hombres armados, ¡harán fuego, y perecerían mi muger y mis hijos!” dijo Hofer, continuando en sus esfuerzos. En vano procuró su amigo detenerlo. Aun no quitaba el último cerrojo. Hofer se volvió á Antonio. “Excelente amigo, tú no abandonarás á estos seres queridos, á tí te encargo á mi muger y á mis hijos.” Se oyó que llamaban fuertemente á la puerta. Antonio se acercó á los niños asustados y á la madre desmayada. Hofer abrió la puerta y dió algunos pasos hácia adelante. Los sorprendidos asaltantes retrocedieron; el oficial preguntó en alta voz por Hofer. “Aquí estoy,” dijo, “no hagais fuego sobre la cabaña.” Hubo una pausa de un momento. La luz de la luna caía sobre centenares de soldados, ninguno se acercaba á apoderarse del prisionero; y él permaneció entre ellos algunos segundos sereno, tranquilo y sin que nadie lo tocara. El oficial hizo una seña, las tropas avanzaron, los solda-

dos descansaron sobre las armas, y algunos se apoderaron de Hofer y comenzaron á atarlo. Sometióse sin resistencia y sin hablar; pero cuando vió el cuidado con que lo ataban, cuando oyó que mil seiscientos hombres componían el destacamento que había ido á aprehenderlo, y que otros dos mil estaban en el valle para apoyarlos, se sonrió con desden y con orgullo, y levantó altivo la cabeza.

Media hora se pasó en los preparativos de marcha. Hofer permaneció este tiempo firme y digno. Un instante le abandonó su serenidad al ver que su esposa y sus hijos participaban de su cautiverio. “¿Haceis la guerra á las mugeres y á los niños?” preguntó en el tono que usaba para el mando. El oficial contestó como excusándose con su superior: “Señor, ellos lo han querido.” “¡Constanza! . . .” exclamó Hofer: ella lo interrumpió y arrojándose apasionadamente á sus piés con toda la vehemencia de su concentrado afecto, exclamó: “¡Amado Hofer! no me des

órdenes, ó por primera vez en mi vida las desobedeceré, permíteme acompañarte, este es el último deber que tengo que cumplir." Les corazones mas duros se sintieron conmovidos. Hofer no pudo resistir á esta súplica, la levantó con sus manos encadenadas, la tomó del brazo, y llamando á sus hijos á su lado, manifestó que estaba pronto á marchar.

Al hacer los preparativos necesarios para el viaje, notó Hofer que el hombre que servia de guia cuidaba mucho de librarse de sus miradas. Descubrió por las palabras de los soldados y por indicaciones de Antonio, á quien se permitió ir á su lado, que aquel hombre era quien lo habia traicionado, y que por una recompensa de doscientos luis de oro lo habia vendido y habia llevado á los franceses á su retiro. Un golpe casual, ó dado de intento por el fusil de un soldado, hizo caer el sombrero del infame, y Hofer se detuvo á contemplar el rostro del hombre á quien habia querido como un amigo. ¡Santa amistad!

¡Perdona que tu augusto nombre haya sido profanado por semejante monstruo! "¡Donay! . . . ¿éres tú?" exclamó Hofer. El héroe indignado por algunos momentos quedó confundido por el descubrimiento de tan inicua traicion, de parte de un hombre á quien habia amado y protegido; y su ánimo altivo que no se conmovia ante su prision, ni ante la proximidad de la muerte, desfalleció ante este acto de baja ingratitud. "¡Donay! ¡maldito sea tu nombre!" El miserable se apresuró á ocultarse de la radiante mirada del hombre á quien habia traicionado. Hofer dominó su cólera y su desprecio, y serenándose dijo solamente: "¡Dios lo perdone!"

Las tropas marcharon con cuanta prontitud permitian la naturaleza del camino y la inclemencia de la estacion. Cuando llegaron al valle inhabitado, fueron recibidas con gritos de júbilo por los dos mil valientes franceses que habian ido á ayudar á sus compañeros en tan gloriosa empresa. Estos gritos eran otras tantas pruebas

del valor que se daba al prisionero; pero eran mas elocuentes las que ofrecian las lágrimas de sus denodados y affigidos compatriotas. Hofer sostenido por su invulnerable y magnánima firmeza, se mostraba agradecido á la benevolencia y parecia no notar el insulto. Se sonreia ante los cobardes insultos de hombres á quienes hubiera derribado con sus manos encadenadas, y á quienes aun ahora sus miradas inspiraban respeto.

El alma de Constanza estaba de tal modo ligada á su esposo, que nada veia, nada oia que no fuera él: no notaba que iba entre la multitud, no sabia si amigos ó enemigos la miraban con lástima, con admiracion ó con insolencia, caminaba maquinalmente acercándose á Hofer y fijando sus miradas en las alteradas facciones de su rostro. Alteradas en verdad, que sus dias de pesar habian sido años en su cansada vida. Aunque estaba en la flor de su edad madura, habia ya canas entre sus negros rizos, su rostro es-

taba pálido y sus facciones maceradas. Pero sus ojos negros expresaban la fuerza jamás doblegada de su invencible espíritu, su mirada fulguraba todavía terrible sobre los enemigos que lo insultaban y su graciosa sonrisa saludaba á los amigos que lo admiraban y lo compadecian. Procuraba animar á estos últimos, haciéndoles creer que se salvaria. “Soy inocente de todo crimen” decia, “no he tenido mas que patriotismo; y los hombres no matan á sus semejantes por este pecado.” “Excepto los que carecen de fé, de honradez, de humanidad, como los...” La proximidad de un centinela interrumpió la respuesta de Antonio, y dejó á la posteridad el cuidado de completarla.

El camino iba de Meran á Botzen. En toda esta ciudad el ilustre preso fué recibido con el respeto debido á su mérito. El comandante, Baraguay d’Hilliers, el mismo oficial que ántes habia intentado salvarlo, quedó encargado de custodiarlo como prisionero de Estado. Hofer

fué puesto al principio en un miserable calabozo ; pero el general dispuso que fuera trasladado á un aposento mas cómodo y los subalternos franceses ayudaron á su jefe á minorar los padecimientos del prisionero. Á muchos tirolese se les permitió visitarlo. Si Hofer temia haberlos ofendido en los dias mas trabajosos de su vida anterior, les pedía que perdonaran sus errores tan sinceramente como él perdonaba á todos los que lo habian ofendido ó injuriado.

Recibiéronse órdenes para conducirlo con fuerte escolta á Mantua, donde habia de ser juzgado. En todas partes, sin embargo, se expresaba la confianza de que este juicio seria mera fórmula, de que no corria peligro la vida del valiente prisionero. El hecho fué que el Corso conocia muy bien la popularidad de su noble cautivo, para exponerse á que su juicio tuviera lugar en su país natal, donde seguramente todos los brazos se levantarían en su defensa. Sabia tambien que solo prometiendo su perfecta seguridad, per-

mitirían los tirolese que su amado caudillo fuese sacado del país. Falsedades y engaños semejantes nada costaban al mas consumado maestro en el arte del disimulo.

La separacion de Hofer de su familia fué una escena de tan profunda y tierna tristeza que excede á toda descripcion. Su hijo agobiado por la fatiga y los padecimientos, estaba enfermo de mucho peligro. La desdichada Constanza sufriendo intensas angustias, como esposa y como madre, estaba casi fuera de sí bajo el peso de sus aflicciones. Su hija marchita y anquilada solo podia derramar lágrimas inocentes, pero estériles, de simpatía. La mano que pintara los terribles dolores de aquella cruel despedida necesitaria participar del nervio de hierro del que los causaba. Y si estuviera escrita, ¿quién podría leer la desgarradora narracion de semejantes hechos?

La varonil fortaleza del padre y del esposo, recogiendo los votos de la muger amada, y abrazando, acaso por última vez, á sus hijos desampa-

rados; la esposa, la madre . . . Pero corramos un velo sobre la sagrada imagen de la suprema miseria humana, en que se rompen las fibras mas delicadas del corazon, produciendo una afliccion que ninguna fuerza puede soportar, y un sufrimiento que ningun consuelo humano puede mitigar. Para los corazones sensibles bastan estas palabras: la esposa de Hofer lo vió partir cargado de cadenas en poder de un déspota despiadado, miéntras en la prision tenia delante de sí á su único hijo moribundo.

✓ Pero lo que la mano conmovida por la simpatía no puede escribir, se tomará fielmente de las páginas del historiador. Hofer llegó á Mantua é inmediatamente fué juzgado por una corte marcial. Fué tan difícil definir su crimen, como obtener una sentencia unánime que lo condenara. Habia, pues, entre sus jueces, hombres de honor y de sentido comun. Un despacho telegráfico de Milan decidió la cuestion, disponiendo que muriera dentro de veinte y cuatro ho-

ras. Para derramar alguna luz sobre un carácter que seguramente excitará la curiosidad de la posteridad, es oportuno decir, que en el mismo momento en que el Corso expedia esta orden, su ministro en Viena recibia instrucciones de expresar el mayor sentimiento por la precipitada ejecucion, y declarar que su amo no la habria permitido, si la hubiera sabido á tiempo para impedirlo! Esto consta de auténticos *documentos públicos que no han sido desmentidos.*

Hofer escuchó su sentencia con la imperturbable firmeza que habia distinguido siempre su carácter. Descansando en su inocencia y en las seguridades que espontáneamente se le habian dado, nunca se figuró una sentencia de muerte; pero una vez pronunciada, la oyó con sorpresa, pero no con debilidad. Fácil le era morir: terminaba su gloriosa vida con una honrosa muerte: honrosa, porque la originaba su fidelidad á su patria.

Sometiéndose con silenciosa dignidad al fallo

de la corte, volvió tranquilamente á su calabozo y pidió el auxilio de un sacerdote. Desde luego se le presentó el dignísimo Padre Manifesti, y lo acompañó hasta el momento de su muerte. Á este buen amigo encomendó su tierno y solemne adios á su familia. Una vez cumplido este triste deber, buscó los santos consuelos de la religion y ofreció á su Creador el mas aceptable sacrificio, el de un alma confiada y resignada. Durante el corto intervalo que siguió, habló del Tirol y de su suerte, profetizó su restauracion á su legítimo soberano y con vehemente interés se detuvo en la historia de sus derechos y de sus agravios.

Amaneció el dia fatal, oyóse el toque de generala, un batallón de granaderos se situó en frente de la prision, y ántes del mediodia entraron en el calabozo los oficiales que habian de asistir á la ejecucion. Tranquilo y sereno Hofer estuvo listo al primer llamamiento. Se formó la solemne procesion; tambores enlutados tocaron una marcha fúnebre, se oyó el doble de las cam-

panas de la iglesia vecina, por el alma que iba á desprenderse del mundo; y el prisionero apareció en medio de sus guardias. Fácil era reconocerlo: llevaba el simple trage del soldado tirolés, y caminaba tranquilamente al lado del sacerdote. Llevaba sobre el pecho cruzados los brazos, no en la actitud del atrevimiento, sino en la de la sumision; su andar era firme, sus miradas se fijaban en el suelo, excepto cuando alzaba los ojos para dar las gracias por las señales de compasion y de tenura que percibia entre la multitud.

Al pasar por la porta Molina, puerta en que estaban presos muchos tiroleses, se puso á prueba su serenidad. Los afligidos prisioneros estaban todos arrodillados orando por su amado Hofer. Una prueba mas dura le estaba reservada en la ciudadela. Allí se habian reunido todos aquellos de sus compatriotas que estaban libres bajo su palabra, y acercándosele cuanto les fué posible, imploraron su bendicion. Se detuvo involuntariamente, la escolta cedió al murmullo ge-

neral é hizo alto. Hofer aprovechó este momento para dirigir á sus compatriotas unas cuantas palabras de consuelo

“¡QUERIDOS COMPATRIOTAS! ¡AMADOS TIROLESES!

“Debierais estar como yo—¡lo que no permita Dios!—para sentir lo que yo siento en este momento: mi amor sin limites al Tirol, mi gratitud sincera hácia vosotros! Me pedis mi bendicion, cuando yo necesito mas de la vuestra; pero como la proximidad de la muerte santifica mis palabras, sean ellas una bendicion para mis compatriotas!”

Se detuvo un instante, como si orara en secreto, y luego continuó:

“Tal vez haya entre vosotros algunos á quienes yo haya ofendido; espero que me perdonarán todo el mal que yo haya dicho, ó haya hecho. Y vosotros todos ¡amados tirolese! me perdonaréis por haberme mostrado tan activo en

una guerra tan desastrosa. Preveo que no está léjos el tiempo en que volvais á gozar de vuestro antiguo gobierno, entónces gritaréis como yo ahora: ¡Viva el Emperador Francisco!”

Pronunció estas últimas palabras con voz clara y firme, y volviendo á su puesto, hizo seña para que continuara la procesion.

En un espacioso fortin, á poca distancia de la Porta Ceresa (ningun viagero pasará por Mantua sin visitar este sitio santificado), el oficial mandó hacer alto á la tropa. Hofer entregó entónces á Manifesti todos los objetos de valor que poseia, rogándole que los distribuyera entre sus desgraciados compatriotas. Estas riquezas consistian en quinientos florines en billetes de banco austriacos, en su caja de polvos de plata y en su hermoso rosario. Dió al buen sacerdote este pequeno rosario de plata, que siempre habia llevado consigo.

Los granaderos formaron en cuadro abierto

por retaguardia. Doce hombres y un cabo dieron algunos pasos al frente, mientras Hofer quedó solo en el centro. Nadie estaba tan tranquilo como él en aquel terrible momento. Un soldado le ofreció un pañuelo blanco para que se vendara los ojos, y le indicó que era costumbre que la víctima se arrodillara. Hofer rehusó el pañuelo y no quiso hincarse. "He acostumbrado," dijo, "estar en pie delante de mi Creador, y en esta actitud le entregaré el alma."

Se dirigió al cabo encargándole que cumpliera bien con su deber, y le dió la única moneda que le quedaba, una pieza de veinte kreutzers. Como último adios á este mundo, pronunció algunas palabras expresando su invariable amor á su patria. Estuvo algunos momentos en oracion mental y entonces miró fijamente á los soldados que tenia delante. El sargento ordenó la operacion, se cargaron los fusiles, apuntaron, Hofer, con voz firme, dijo: "¡Fuego!" Cayó sobre sus rodillas herido, pero vivo todavía. Hubo

otra descarga, y sin vida quedó tendido en el suelo.

El lugar santificado con su muerte es todavía y será por siempre reverenciado por todos los patriotas tirolese.

Su cuerpo, en vez de quedar en el lugar de la ejecucion, ó de ser paseado delante de las tropas, como se acostumbra en las ejecuciones militares, fué llevado por los granaderos en un ataúd negro á la iglesia de San Miguel. Allí permaneció con una guardia de honor.

Así pereció Hofer en todo el vigor de su vida, amado de sus amigos y respetado de sus enemigos. "Entre los numerosos crímenes," dice el historiador, "que manchan el nombre de Napoleon, no hay uno de un color mas negro que el asesinato de Hofer. Y ¿quién no ha de decir otro tanto?"

Es imposible contemplar los actos de este caudillo montañés sin emociones de asombro y admiracion. Un simple labrador al frente de

tropas indisciplinadas, oponiéndose con buen éxito á las fuerzas enormes y combinadas de la Francia y de la Baviera. Su humilde nombre ocupará un lugar brillante en las páginas de la historia, por que ¿quién mereció mejor el lauro de la fama? Pocos, muy pocos en verdad. En su patria jamás será olvidado por los que lo conocieron y pudieron estimar justamente su mérito. Con razon ha sido considerado como el salvador de su patria. Si por él no hubiera sido, la servidumbre del Tirol hubiera comenzado mucho ántes, y sin él, quién sabe cuánto tiempo se habría prolongado. El espíritu que él despertó y alimentó no murió con él, y el Tirol volvió á ser libre. ¡Ojalá su Hofer hubiera visto su libertad! Él puso la primera piedra, porque enseñó á los tiroleses lo que podian y obligó á sus enemigos á respetar su poder. Todavía hoy no se pronuncia su nombre en el Tirol sin lágrimas de gratitud, de afecto y de admiracion.

Se ha erigido á su memoria un sencillo monu-

mento en la montaña de Brenner, no léjos de su humilde cabaña. No hay allí otro monumento ni necesita mas inscripcion que su nombre. ¿Hay acaso otro Hofer? El viagero al pasar por aquella majestuosa altura se detiene á leer en una sencilla lápida de mármol estas pocas palabras:

ANDRES HOFER,

NACIÓ EL 22 DE NOVIEMBRE DE 1767,

MURIÓ EL 24 DE FEBRERO DE 1810,

EDAD 43.

¿Quién leerá sin enternecimiento esta sencilla inscripcion? Si apartándose de este sitio consagrado, descendiendo al valle ¿escuchará sin emocion las sinceras alabanzas que hacen los montañeses de su amado caudillo? Todo hombre que ama la libertad y la patria debe ir á la tumba de Hofer á reanimar la llama del patriotismo!

El Emperador de Austria que supo demasiado tarde la suerte de Hofer, nada pudo hacer

para impedirle; pero inmediatamente atendió á su desgraciada familia, concediéndole una pensión de dos mil florines. En los primeros días de su viudez, Constanza tuvo que sepultar á su hijo. El Emperador le hizo espléndidas ofertas para que se radicara en Austria; pero ella se retiró con su hija á su cabaña de Paseyr, donde resignada esperó el único momento que podía serle grato en este mundo—el momento en que su alma dolorida volara á la mansion en que “los perversos cesan de hacer mal, y en que los cansados encuentran reposo.”

FIN.

CATÁLOGO

DE LOS LIBROS PUBLICADOS EN ESPAÑOL

POR

D. APPLETON Y COMPAÑÍA.

- Alfabeto en Piezas.** Juguete para niños. Es una cajita de seis pulgadas de alto, que encierra 27 dados ó cubos perfectamente cortados é iguales, conteniendo cada uno en sus seis caras, una letra del alfabeto, tres palabras que empiezan con esta, un fino grabado con colores y un número en cifra y en letra.
- Bello.** Compendio de la Gramática Castellana, De D. Andrés Bello, escrito para uso de las escuelas de la América Española, por J. Arnaldo Márquez. Un tomo de 165 páginas, en 18°.
- Burnouf.** Elementos de Gramática Latina, Extractados del Método para Estudiar la Lengua Latina, por J. L. Burnouf. Traducidos del Frances al Castellano, por Juan Vicente González. Un tomo de 164 páginas, en 12°.
- Butler.** El Maestro de Inglés y de Español, ó sea Libro de Frases Familiares. Por Francisco Butler. Un tomo de 292 páginas, en 18°.
- Carreño.** Manual de Urbanidad y Buenas Maneras, para uso de la juventud de ámbos sexos. Un tomo de 322 páginas, en 18°. De Manuel Antonio Carreño. Arreglado para uso de las escuelas. Un tomo de 120 páginas, en 18°.
- Cervántes.** El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, segun el texto corregido y anotado por el Sr. Ochoa. Un tomo de 695 páginas, en 12°.
- Cervántes.** El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, segun el texto corregido y anotado por el Sr. Ochoa. Edición de lujo con catorce láminas y retrato del autor. Un tomo de 695 páginas, en 8°.
- Coe.** Cartones de Dibujo para las escuelas. En diez partes. Por Coe.